

SPARTA

Y EL SECRETO DE LA ISLA PERDIDA



TEAMCOMPAS

mī

SPARTA

Y EL SECRETO DE LA ISLA PERDIDA

mñ

© Sparta356, 2022

Edición y fijación del texto: Iñaki Oliver, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Ilustraciones de cubierta y diseño de personajes: Third Guy Studio, 2022

© Bocetos, línea y color: María Mena Viñas, 2022

Diseño de interiores: María Pitironte

ISBN: 978-84-270-4936-9

Depósito legal: B. 644-2022

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**.

ÍNDICE

- PRÓLOGO. LA LEYENDA DE LA PIEDRA MÁGICA, 8**
- CAPÍTULO 1. UNA ISLA LLENA DE SORPRESAS, 20**
- CAPÍTULO 2. EL CONFLICTO DE LAS TRIBUS VECINAS, 36**
- CAPÍTULO 3. LA GRUTA ESCONDIDA, 52**
- CAPÍTULO 4. LA FURIA DE AVA LANCHA, 68**
- CAPÍTULO 5. ¡LLEGAN REFUERZOS!, 84**
- CAPÍTULO 6. UN PROBLEMA DE PESO, 100**
- CAPÍTULO 7. LA DESAPARICIÓN DE ULANI Y ARIKI, 118**
- CAPÍTULO 8. LOS TERRIBLES COCOTEROS DE LA COLINA, 134**
- CAPÍTULO 9. ¡HUIDA HACIA ALTA MAR!, 152**
- CAPÍTULO 10. REGRESO A LA CUEVA, 168**
- EPÍLOGO. 186**

PRÓLOGO

LA
LEYENDA
DE LA
PIEDRA
MÁGICA

CAPÍTULO 1

UNA
ISLA
LLENA
DE
SORPRESAS



Sparta tenía tantas ganas de emprender el viaje que se presentó en el puerto de Tropicubo a primera hora de la mañana. Aun así, no fue el primero en llegar. Las gaviotas, como siempre, se le habían adelantado. El chico las miró con enfado. No había podido pegar ojo en toda la noche, en parte por los graznidos de aquellos pájaros que se creían cantantes de ópera y en parte por los nervios de lo que vendría a continuación. En cualquier caso, como ya estaba harto de dar vueltas entre las sábanas, se levantó de la cama y se dirigió al muelle para escoger su nuevo medio de transporte.

Todavía no tenía claro qué barco debía elegir. No sabía si sería mejor un idílico velero o un yate deportivo. Todos los navíos tenían sus ventajas y sus inconvenientes. Los barcos pesqueros eran más resistentes, pero estaba claro que con un galeón de tres mástiles la entrada a la isla sería mucho más triunfal.

Estos dilemas le habían mantenido ocupado durante la noche. «Seguro que cuando llegue al puerto y vea todas las embarcaciones disponibles, me aclaro», había pensado Sparta. ¡Qué ingenuo! Cuando se puso

en marcha, no podía sospechar que el puerto estaba prácticamente cerrado. Las tormentas otoñales habían sepultado en el fondo del mar casi todas las barcasas.

«QUÉ MALA SUERTE», pensó. «¡Ni que las hubiera construido yo mismo!».

El único bote que quedaba en pie (o, mejor dicho, en el agua) era un trasto destartado que parecía una tostadora gigante. La pintura se había caído y el ancla estaba tan oxidada que se había quedado pegada a la cubierta del navío. En cualquier otro momento, Sparta habría mirado aquel barco y se habría echado a reír, pero ahora lo necesitaba: era la única opción que tenía para llegar a la isla de la piedra mágica, así que decidió esperar junto al muelle a que llegara el dueño.

No tuvo que esperar demasiado. Enseguida, un hombre que olía a pescado podrido apareció por allí.

—¿Es usted el dueño de este barco? —preguntó Sparta al ver que se dirigía hacia él.

—¡Así es, grumetillo! —respondió el marinero con un vozarrón que recordaba el rugido de un león.

El marinero parecía sacado de una vieja postal. La barba, el gorro, la pipa ladeada hacia un lado, la camisa a rayas y el abrigo azul para protegerse del viento y de las olas... Todo estaba perfecto. ¡No le faltaba ni el tatuaje del ancla en el brazo!

—Verá, señor. Me gustaría alquilar su precioso barco para una tranquila y aburrida travesía en alta mar —dijo Sparta con el tono más angelical que pudo.

De todas las palabras que había dicho, ninguna era verdad. Bueno, no. Que quería alquilar un barco sí era cierto. Pero que el barco era precioso y que la travesía iba a ser aburrida, no tanto.

—¿En serio quieres pagarme por este montón de chatarra? —carraspeó el marinero—. ¡Por mí, estupendo! ¡Hacía tiempo que nadie se atrevía a proponerme un plan tan loco!

—¿Por qué lo dice? —preguntó Sparta.

—¿Ves esas nubes de allí? —preguntó el capitán señalando el horizonte—. Tienen mala pinta. Yo diría que pronto va a estallar una tormenta. ¿Seguro que no prefieres esperar un día más en el puerto a que pase el vendaval?

—No tengo tiempo —alegó Sparta.

—¿CÓMO DICES, MUCHACHO?

Tengo un oído vago y el otro hace tiempo que está en huelga. Si susurras de esa manera, no te oigo.

Sparta levantó la voz todo lo que pudo.

—¡La aventura me llama! Además, si espero demasiado, alguien se me puede adelantar.

—¿Adelantar en qué?

—En nada. En nada. Simplemente es que tengo prisa —mintió el chico—. No tengo muchos días de vacaciones, ¿sabes? Y me gustaría poder exprimirlos al máximo.

Desde luego, no quería tener competencia antes de empezar su expedición. La leyenda que Timba le había contado el día anterior era un secreto y, si se ponía a compartirla con todo el mundo, no llegaría demasiado lejos.

—Bueno, tú sabrás —aceptó el capitán—. A mí me parece que esta borrasca va a ser de las gordas. De todas formas, ahora que me doy cuenta, no me he presentado. Mi nombre es Rómulo, pero todo el mundo me llama Albatrus.

Tras decir esto, el hombre extendió el brazo y estrechó la mano de Sparta tan fuerte que pareció que quisiera quedársela.

—**ENCANTADO**, señor Albatrus. Yo me llamo Sparta.

—Nada de señor. Aquí somos todos iguales. Incluso Ermitaño —dijo señalando un perro que estaba a sus pies—. Fíjate que hasta duerme en mi cama y come de mi plato.

—Ahora entiendo muchas cosas —confesó Sparta al ver cómo un par de chinches saltaban del pelo del capitán hacia su mascota y no al revés—. En cualquier caso, me gustaría salir cuanto antes. Como usted ha dicho, el tiempo está empeorando, así que será mejor que me dé prisa. ¿Tiene comida a bordo para la travesía?

—**POR SUPUESTO** —confirmó Albatrus—. Mi bodega siempre está llena de pescado. Lubinas, boga-

vantes, lenguados... Se puede hacer de todo con ellos: sopa, estofado, filetes... Yo, cuando estoy en alta mar, no como otra cosa.

—¿NI SIQUIERA PARA DESAYUNAR?

—preguntó Sparta sorprendido.

—Qué va. Mojo las sardinas en la leche como si fueran cereales. No hay nada mejor por las mañanas.

Tras decir esto, el capitán se relamió los labios de gusto. Solo de pensar en el almuerzo se le hacía la boca agua.

—**AH.** ¡Y se me olvidaba! ¡Besugo!

—Oiga, sin faltar, que yo no le he insultado —protestó Sparta.

—No. Si me refiero a que también tengo besugos en la nevera del barco —contestó Albatrus—. Es un pescado. Ya lo verás. Está riquísimo.

Tras aquella conversación de merluzos, Sparta decidió cambiar de tema.

—Entonces, no alarguemos más la partida. ¡Me marcho!

Acto seguido, saltó a la embarcación y encendió el motor. Un ruido traqueteante y deslucido, como el silbido de una olla a presión, inundó el aire. A continuación, un humo negro proveniente de la caldera se extendió por toda la costa. Albatrus y Ermitaño comenzaron a toser.

Poco a poco, el barco fue alejándose de la costa.

—Parece que le voy cogiendo el tranquillo —murmuró Sparta para sus adentros.

¡QUÉ EQUIVOCADO ESTABA!

A la hora y media de viaje su cabeza daba vueltas y su estómago no paraba de botar, como si todo lo que había dentro quisiera salir al exterior.

—Esto se mueve más que una gelatina en un terremoto —le dijo a unos delfines que habían salido a la superficie en ese momento para respirar—. ¡Ya me podía haber dado Albatrus unas pastillas para el mareo!

No era para menos. El mar, que en un principio estaba liso y en calma, se había ido agitando con el paso de las horas y ahora el oleaje zarandeaba la embarcación como si estuviera hecha de papel.

—Esto empieza a no gustarme —susurró al ver pasar unas gaviotas, que tomaron rumbo a lugares más tranquilos—. La cosa se está poniendo fea.

Las olas amenazaban con voltear el barco y las nubes, que antes eran blancas, parecían ahora una mancha de tinta negra. Por si fuera poco, se puso a llover. Más tarde, empezó a granizar. Y, finalmente, a tronar.

—**EL PACK COMPLETO** —murmuró el chico—. Solo falta que nieve.

Desde luego, si quería aventura, estaba claro que la estaba teniendo.

—Y lo peor es que encima me dirijo al corazón de la tormenta. Lo único bueno es que creo que al menos estoy llegando. Allí a lo lejos veo una isla.

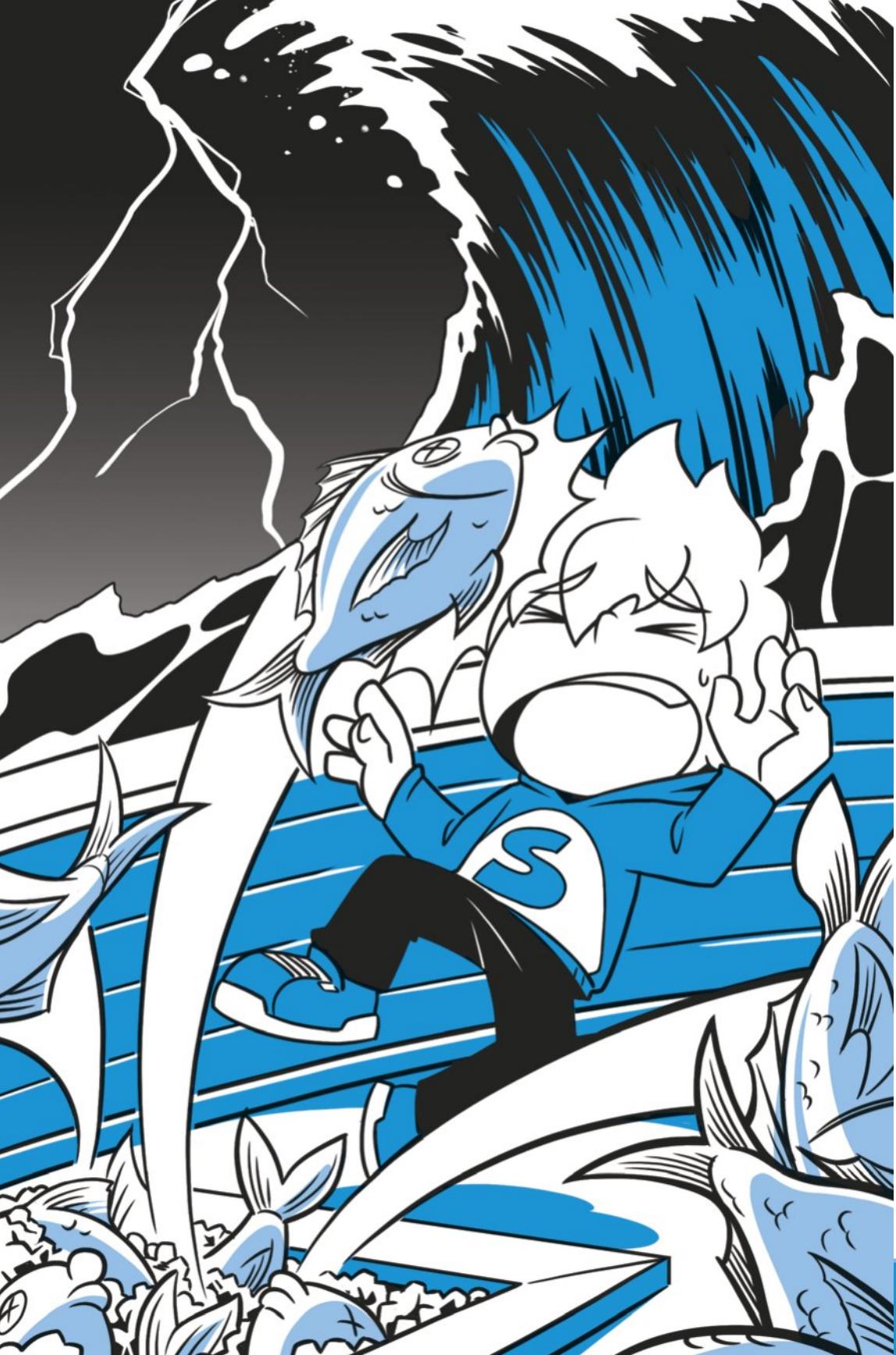
Es cierto. Entre las olas y las nubes se podía distinguir un puntito de tierra que sobresalía en la distancia. Sin perder tiempo, Sparta giró el timón para dirigirse hacia allí. Lamentablemente, no fue buena idea. El brusco movimiento hizo que la puerta de la bodega se abriese y todos los peces congelados comenzasen a salir volando.

—¡SOCORRO!

¡ME ATACAN! —gritó Sparta mientras observaba cómo su comida volaba por los aires—. Esto se está complicando por momentos.

Iba a cerrar la trampilla cuando uno de los pescados (posiblemente un besugo) le impactó en la cabeza con tal fuerza que lo dejó inconsciente.

Fue una suerte. Así no vio la ola gigante que estaba a punto de tragarse el barco.



Varias horas después, unos picotazos sumados a unos aleteos despertaron a Sparta. Unas gaviotas curiosas se habían acercado para ver si el extraño bul- to que había llevado el mar podía ser su desayuno. El chico abrió los ojos y alejó a los animales con el brazo. Luego echó un vistazo al lugar: una playa paradisíaca que se extendía hasta donde se perdía la vista.

«¿Dónde diablos estoy?» se preguntó. «¿Habré lle- gado a la isla de los Caníbales?».

Todo indicaba que sí. El lugar tenía forma de cru- sán, tal y como indicaba el mapa, y en medio de la selva sobresalía una montaña de aspecto amenazador.

—Qué suerte he tenido. Ha sido un milagro llegar al sitio correcto.

En realidad, tampoco había sido un milagro. Con la mala suerte que había tenido, era normal que el azar, avergonzado, nivelara un poco la situación.

—Lo mejor será echar un vistazo al lugar. Debo se- guir buscando la piedra mágica.

Dicho y hecho. Sparta se quitó un par de algas que tenía enganchadas en los hombros y contempló con admiración el bonito paisaje que lo rodeaba. ¡De ver- dad que no le faltaba ni un solo detalle a aquel lugar! La arena era blanca y fina; el agua, verde esmeralda; las palmeras estaban llenas de cocos y había incluso estrellas de mar en la orilla. La isla parecía sacada de un catálogo de viajes. Solo le faltaban los turistas tos- tándose al sol y los niños haciendo castillos de arena.



«El único pero —pensó Sparta— es que mi barco está destrozado».

Por lo visto, la tormenta no le había sentado nada bien al navío, que yacía roto sobre un montón de rocas de la playa. La verdad, no había ninguna pieza que estuviera en su sitio.

«Lo mejor será que me ponga a buscar la piedra mágica», se dijo. «Ya pensaré en cómo salir de esta isla más adelante».

No había terminado de decir estas palabras cuando unas figuras humanas comenzaron a salir de la selva, que se extendía hacia el interior de la isla.

¡SALVADO! —gritó.



¡Menuda suerte! No había tenido ni que esperar cinco minutos para que lo rescataran. Desde luego, los servicios de salvamento eran mucho más eficientes de lo que la gente decía.

Sin dudarle un segundo, levantó los brazos e hizo señas a las siluetas para que se acercaran. Cada vez eran más. Los hombres y las mujeres salían de la maleza como si fueran hormigas en busca de comida.

—Un momento —dijo Sparta—. Aquí hay algo que no me gusta. ¿Qué es eso que llevan colgando en el cuello y encima del pelo?

Con desconfianza, entrecerró los ojos para ver con más nitidez.

—**¡¡¡¡HUESOS!!!!**—vociferó asustado.

¡Y parecían huesos humanos! Sparta lo sabía bien porque una vez, cuando era pequeño, se había caído en la clase de gimnasia y se había roto la tibia. ¡Los huesos que la gente llevaba en el pelo a modo de moño eran iguales que el que aparecía en su radiografía! O al menos eso le había parecido antes de salir huyendo lo más rápido que pudo.

—¡MALDICIÓN! —exclamó Sparta—. Esas personas son caníbales y vienen a por mí. Seguro que han visto lo guapo que soy y deben de estar relamiéndose. Estarán hartas de tanto coco.

Sparta miró hacia atrás justo en el instante en que la tribu empezaba a correr tras él.

En un instante, la playa se convirtió en el escenario de un pillapilla a vida o muerte. Por suerte, Sparta era veloz y enseguida comenzó a sacarles ventaja. Eso y que acabar siendo la comida de unos caníbales motivaba bastante.

—¡Ya podía haberme tocado una tribu de vegetarianos! —protestó mientras saltaba unas piedras y se adentraba en la selva—. ¡Si salgo de esta, no volveré a comer un chuletón en mi vida!

Lo bueno era que en la espesura resultaba más fácil esconderse.

—En cuanto esquive un par de troncos y salte unas cuantas lianas, me tiraré al suelo y así los caníbales pasarán delante de mí sin verme.

El plan era bueno. Sin embargo, Sparta no había contado con el lazo que había escondido debajo de

unas hojas de plátano y que se cerró sobre su tobillo en cuanto puso el pie encima.

—**¡CALABACINES AL HORNO!**—despotricó cuando el mundo se volvió del revés—. ¡Una trampa! ¡Debía haberlo supuesto!

Desde luego, los caníbales no se andaban con tonterías. Dentro de unos segundos Sparta se convertiría en la cena, o tal vez el aperitivo (tampoco era tan grande), de alguno de esos glotones.

«¿Y ahora qué hago?», se preguntó mientras veía cómo los nativos de la isla lo rodeaban. «Estoy perdido».

Los aborígenes comenzaron a reírse, conscientes de que la partida había terminado y ellos eran los ganadores.

¡ERROR!

Nunca hay que cantar victoria demasiado pronto. De repente, entre el follaje del árbol, apareció una chica que se acercó hasta la rama donde estaba colgando Sparta. Con cuidado, agarró la cuerda y comenzó a tirar hacia arriba. Los hombres que estaban abajo empezaron a maldecir, pero no podían hacer nada más. El tronco era demasiado alto y, para cuando quisieron reaccionar, la muchacha había liberado a Sparta de su lazo.

—¡Corre! —le ordenó—. ¡Tenemos que huir de aquí cuanto antes!

Aquellas palabras sonaban bastante razonables, así que Sparta no se lo pensó dos veces y comenzó a seguir a su libertadora.

—Vayamos por aquí —propuso la chica acercándose a un pequeño acantilado.

—¿No pretenderás cruzar por ahí? —señaló Sparta.

La muchacha se dirigía hacia una rama caída que hacía las veces de puente.

—Es la única forma de que dejen de seguirnos —explicó cruzando el barranco a toda velocidad.

Sparta siguió a su nueva amiga haciendo equilibrios sobre la rama. Cuando estuvo al otro lado del desfiladero, observó a la tribu que se acercaba corriendo hacia ellos.

—**¿Y AHORA QUÉ?** —preguntó el chico.

—Ahora tenemos que hacer esto —dijo la muchacha dando una patada al tronco por el que habían cruzado.

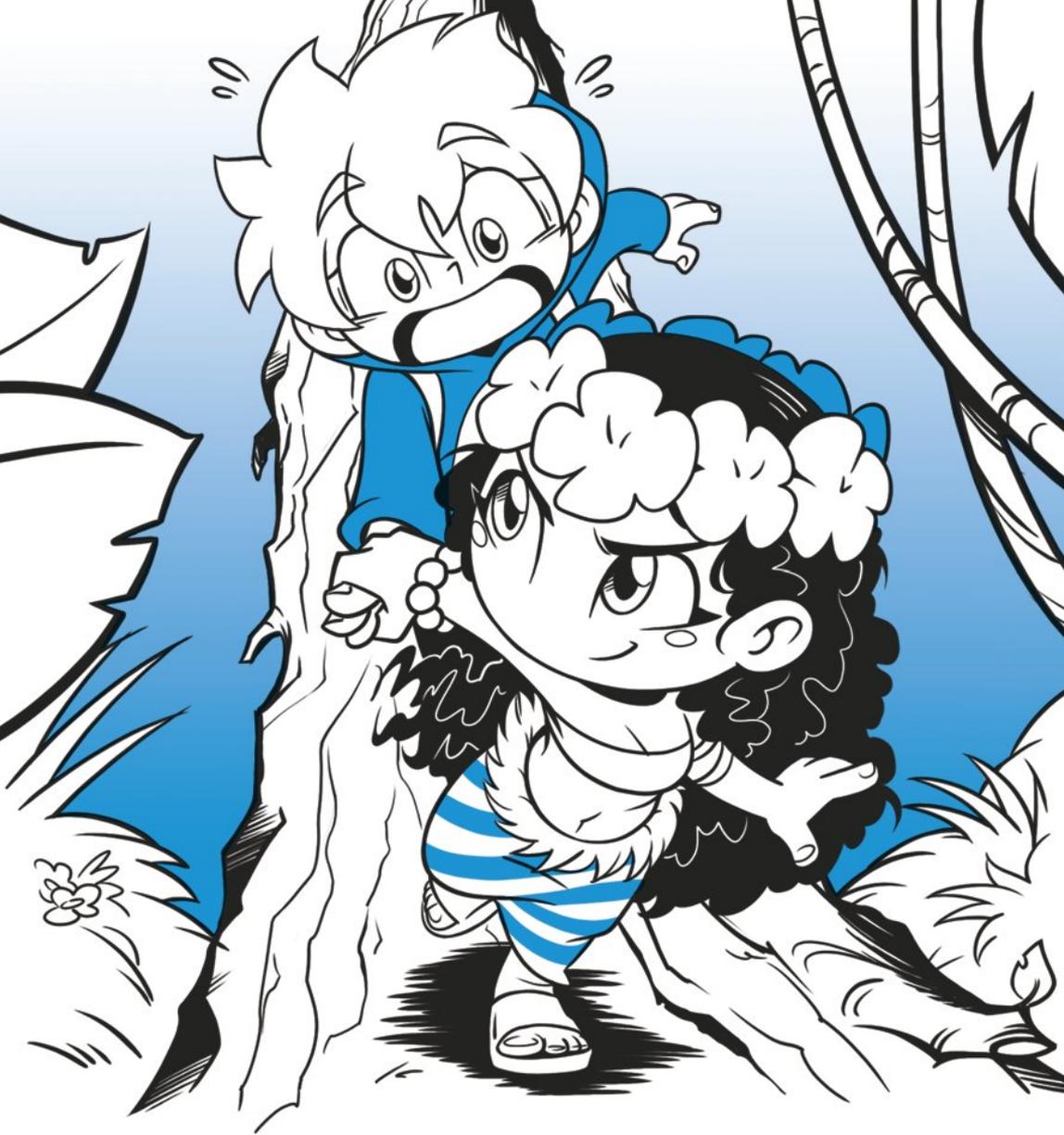
La rama cayó al vacío justo en el instante en el que la horda de caníbales llegaba al acantilado. Apenas tuvieron tiempo de parar. Un segundo más tarde y todos habrían caído al río que había al fondo del precipicio.

—Sin la rama, no podrán cruzar a este lado —explicó la chica—. Tendrán que dar la vuelta y, para entonces, nosotros ya estaremos lejos.

—¿Lejos? —preguntó Sparta.

—Sí. Debemos ir a mi poblado.

Tras decir esto, la chica se adentró en la selva.



Sparta la siguió con los ojos. Luego, corrió detrás de ella. Si no se daba prisa, acabaría perdiéndola en la lejanía.

Y DESPUÉS DE LO OCURRIDO, TAL VEZ NO ERA BUENA IDEA QUEDARSE DE NUEVO SOLO EN LA SELVA.